

ARTICULOS ORIGINALES

GREGORIO MARAÑÓN

1887 - 1960

C. Espildora-Luque

La biografía de Gregorio Marañón no es empresa fácil ni liviana. Para llevarla a cabo lucidamente se necesitaría, desde luego, una mano y un impulso poco comunes, o más de una enorme cultura, casi universal, unida imperativamente a una excepcional capacidad de espíritu y de intelecto para apreciar en toda su amplitud, hasta penetrar en sus más íntimos repliegues, la figura humana de este hombre extraordinario a quien un amigo suyo —Pérez de Ayala— llamara un día Gregorio el Magno.

Y si alguien poseyera esas condiciones, aún requeriría otra exigencia ineludible: tiempo y espacio suficientes para encerrar en ellos la gigantesca labor del que desde su más temprana juventud, se entregó sin limitación ni regateo a lo que él sostenía que es y será siempre el impulso enaltecedor, grande y noble en la vida de un hombre: la vocación.

¡Vocación! Vale decir, etimológicamente, escuchar el llamado, rendir la voluntad a esa voz de nuestro espíritu, eco de la de Dios, que nos señala una senda, un destino, un objetivo. La vocación de Gregorio Marañón fue hacer el bien, buscando la verdad, la verdad científica, la verdad histórica, la artística, la filosófica. Y la búsqueda de algo implica trabajo, afán, desvelo, sacrificio, desprendimiento de sí mismo, hasta culminar en el descanso de la muerte que da el premio de la inmortalidad.

!Eso fue Marañón: un hombre sabio y bueno, que amó la verdad y murió en sus brazos! . . .

o

Nace Gregorio Marañón y Pasadillo en Madrid el 19 de Mayo de 1887 por un azar del destino, pues el sitio habitual de residencia familiar era Santander, donde en verdad se crió y se hizo hombre. No fue poca ventura para el futuro médico y literato, el ambiente santanderino. Allí, junto a la sombra misteriosa y atrayente de una biblioteca, creada y mantenida con especial esmero por su padre, jurisconsulto docto y erudito, inició Marañón sus primeros contactos con los libros, la lectura y la meditación. Pero a ese inicial impulso literario y científico hubo de añadirse una circunstancia providencial; la amistad íntima y permanente de su familia con tres hombres que eran por aquellos años luz y prestigio de la intelectualidad española. Eran ellos don Marcelino Menéndez Pelayo, don Benito Pérez Galdós y don José María Pereda. Puede uno fácilmente imaginarse la impresión que habrían de causar en el espíritu del Marañón adolescente la vigorosa personalidad de aquellos hombres, como lo fueron el insigne polígrafo Menéndez Pelayo y los no menos ilustres novelistas Pérez Galdós y Pereda.

El que habría de ser el doctor Marañón, tuvo como primeros maestros a esas mentes privilegiadas que, como él, han traspasado los umbrales de la inmortalidad. ¡Magníficas nodrizas para un talento en formación! Fue Galdós el que inclinó la afición de Marañón hacia la Medicina, exaltando la figura del médico en sus novelas inmortales, así como Ramón y Cajal dio el empujón definitivo a través de las páginas de un libro de excepción: "Reglas y consejos de la investigación científica". Menéndez Pelayo inoculó en el joven estudiante el afán por el estudio y la curiosidad inquieta del saber a fuerza de lecturas que se prolongaban hasta las altas horas de la noche. Fue Pereda el que dio a su espíritu el deseo de la realidad, del hecho escueto, preciso e indiscutido. Y así, alentado por esos incentivos: la admiración y reverencia por la labor del médico, el amor al estudio y a la investigación y por el respeto a la verdad, fue como Gregorio Marañón decidió su destino al abrazar la carrera de la Medicina.

Por los caminos de la Neurología y de la Psiquiatría, sus aficiones de los primeros años de estudiante, dio Marañón con el venero aún inexplorado de la Endocrinología, desde la cual había de saltar a los primeros puestos de la investigación universal y que había de conducirle al análisis científico de grandes personalidades históricas, cuyas grandezas y miserias, como psicólogo, endocrinólogo y literato, supo desentrañar en libros inmortales, tales como el "Ensayo biológico de Enrique IV", "El Conde-Duque de Olivares", "Antonio Pérez", "Tiberio", "Amiel, un estudio sobre la timidez". Pero no sólo fue para él la Endocrinología preocupación de literato y psicólogo, sino honda y permanente preocupación de sabio y de investigador, contribuyendo al conocimiento de las misteriosas funciones de las glándulas de secreción interna en los caracteres sexuales, tanto somáticos como psíquicos, en el crecimiento, en los trastornos crepusculares de la vida femenina y masculina. Consecuencias de estas inquietudes científicas fueron, entre otros, sus obras "La edad crítica", "Tres ensayos sobre la vida sexual", "El Mito de Don Juan", "Estudios sobre Endocrinología", "Estudios de Fisiopatología Hipofisiaria", "Nuevos problemas clínicos de las secreciones internas", etc., etc.

Con razón a los treinta años entraba Marañón por las puertas de la Real Academia de Medicina, así como andando el tiempo habría de ser honrado por las de Historia, de Bellas Artes, de Ciencias Exactas y la Real Academia de la Lengua. Nunca en España se había dado un caso similar. Sólo Marañón, imitando a Leonardo, podía recibir ese homenaje, digno de un hombre del Renacimiento.

Médico de Reyes y de mendigos, lo llamó alguien un día; pero esa frase, que sólo afirmaba la popularidad y el prestigio del insigne médico, callaba algo, que tanto a los unos como a los otros, tanto en el palacio como en el hogar humilde, fue siempre el mismo: todo corazón y generosidad.

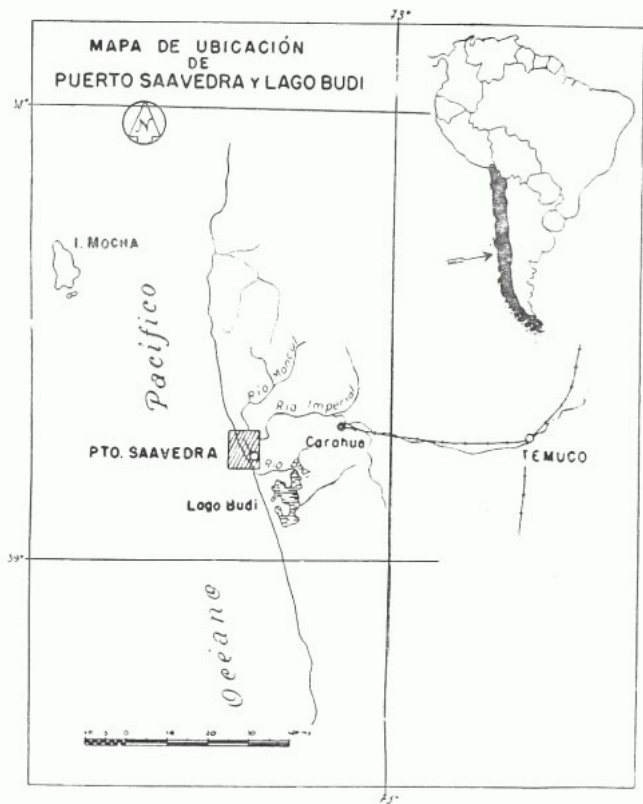
Una de las facetas más interesantes en la vida y trabajos de Marañón fue su afición por el periodismo. Los grandes rotativos de habla española se honraron miles de veces con artículos suyos sobre temas variadísimos que, publicados sobre su firma, gozaron siempre del fervor y la admiración de millares de lectores. Pero, si en esos artículos podíamos solazarnos con la maciza y profunda originalidad del ilustre escritor, hubo otro sitio en el que palpita la nota vigorosa de su excepcional talento: los innumerables prólogos que honraron las páginas primeras de numerosas obras. Hubo una épo-

ca en que era casi obligado solicitar el honor de ser presentado al público por el insigne médico y literato. Sus palabras eran como una garantía de calidad. No hay noticia de que jamás se negara al requerimiento de un autor, conocido o anónimo. Su generosa bondad encontró siempre motivo para exaltar lo bello y lo bueno, que nunca faltan en una obra humana, dejando en la penumbra y en el silencio lo que no lo era. El hecho es que si alguien emprendiera algún día la difícil tarea de reunir todos los prólogos escritos por Marañón, se tendría, para gozo del espíritu, una antología de inestimable valor científico, literario y filosófico.

Una de las notas más emocionantes en la vida y naturaleza de Marañón fue su amor y su pasión por Toledo. Lo estudió y lo comprendió con todas las fibras de su espíritu. Toledo fue para él como un personaje gigantesco, en su cuerpo y en su alma. De esa pasión, de ese amor salieron esas obras primorosas que llevan los títulos de "Elogio y nostalgia de Toledo" y el "El Greco y Toledo", sin contar esas charlas inolvidables con que regalaba a los que, guiados por él, tenían el honor y la excepcional ocasión de escuchar el relato ciceronasco al recorrer las calles, monumentos, iglesias y catedrales de la imperial ciudad del Tajo.

Al morir, España entera y nuestra América, vivieron un día de dolor y de luto. Todos perdimos algo que era muy nuestro y que llevábamos en nuestro corazón, como se lleva al padre, al hermano o al amigo entrañable. Tuvimos conciencia de que aquélla que Maetzu llamó Hispanidad, sangraba dolorosamente por una herida en pleno corazón, aunque tuviéramos la certeza de que el consuelo de nuestra pena era el premio de ver subir a uno de los nuestros hasta el cielo de la inmortalidad.

Fernández Almagro dijo, en el día de su muerte, que "Marañón era el hombre de los brazos abiertos, para abarcarlo todo, con el redoblado amor de la inteligencia y de la sensibilidad". Y yo añadí que esos brazos mantuvieron esa actitud y ese gesto hasta dar con los que Dios ofrece en el supremo encuentro, a los hombres que supieron hacer de su vida un poema de amor, de generosidad y de sacrificio.



Mapa de ubicación de la región de Puerto Saavedra, Prov. de Cautín, Chile.

